

ALCUINO DE YORK, DESCUBRIENDO A UN HEREDERO DE LA CULTURA ANGLOSAJONA, MAESTRO DEL RENACIMIENTO CAROLINGIO Y PADRE DE LA GERMANIA CRISTIANA

Una espesa niebla ha cubierto la figura de Alcuino de York (730-†804), invalidando su obra en la medida que no constituyó un aporte para la teología en la Alta Edad Media. Al parecer, se ha enfatizado más en su falta de creatividad, antes que en su amplio e inacabado conocimiento, lo cual demuestra que no se ha valorado de manera correspondiente su contribución al surgimiento de una nueva realidad, la consolidación de la civilización cristiana occidental.

En el presente artículo se busca dar a conocer la obra de un reconocido monje del siglo IX, cuyo espíritu misional y de reforma lo convirtieron no solo en el gran amigo y consejero del rey y futuro emperador carolingio, Carlomagno (768- †814), sino en uno de los hombres más sabios de la iglesia de su tiempo, cuya fe en Dios y en el hombre, más que restarle originalidad, lo convirtieron en uno de los grandes maestros del humanismo cristiano.

Su aporte al Occidente Medieval comprende tres aspectos. El primero de ellos tiene relación con la cultura anglosajona, que alimentó el espíritu y el intelecto de Alcuino, convirtiéndolo no solo en el heredero del conoci-

* Bettine Baader Bade vive en la ciudad de Viña del Mar (Chile) y es licenciada en Historia (Pontificia Universidad Católica de Valparaíso). Actualmente se encuentra cursando el Magister en Historia (Pontificia Universidad Católica de Valparaíso), que profundiza en la Historia de la Iglesia en la Edad Media y durante el Renacimiento, desde la perspectiva de la Historia Cultural. Ha orientado sus estudios tanto de pre como de postgrado hacia la temática del comportamiento religioso de los hombres y la relevancia que ha tenido la institución eclesial y sus protagonistas en la formación cultural de las distintas sociedades europeas.

miento inglés, sino también en su protector y en la persona que se encargó de transmitirlo a los francos, dando inicio a una nueva etapa cultural para la *Christianitas*: el renacimiento carolingio. Esta segunda fase de su obra, que hace referencia a su rol como ministro de Carlos el Grande, permitirá descubrir a un hombre de gran erudición y sabiduría, cuya verdadera originalidad se trasluce en el modo ejemplar y didáctico a través del cual logró irradiar todos sus conocimientos sobre una sociedad medieval aún privada del verdadero espíritu cristiano. En tercer lugar, el reconocimiento que obtiene Alcuino en su época trascendió los límites, tanto espaciales como temporales, del nuevo imperio (800-843). Su legado intelectual predominará, a través de sus discípulos, sobre la enseñanza de la Europa Occidental de los siglos IX y X, llegando incluso a ser considerado el padre de la Germania Cristiana, título que adquiere sentido si pensamos en la deuda cultural y espiritual que tendrá el Sacro Impero Romano Germánico (961-1806) con los carolingios.

1. La herencia anglosajona

Maestros italianos como Pedro de Pisa (744- †799), Pablo el Diácono (720 - †800) y Paulino de Aquilea (726- †824) formaron parte de la obra cultural del Imperio Carolingio. Sin embargo, como señala el historiador de la iglesia Agustín Fliche, tras servir y ejercer su labor misional, todos ellos regresaron a sus lugares de origen. Distinto es el caso de Alcuino, quien hacia el 782 llegó a la corte de Aquisgrán donde comenzará a ejercer, también sobre la Iglesia franca, muchísima influencia¹. Como señala Joseph Lortz, “Alcuino trajo a la corte toda la cultura de la época, que había alcanzado gran altura en la iglesia inglesa”², lo cual es algo que merece especial atención. En Inglaterra e Irlanda se venía acumulando desde el siglo VI una experiencia misional que fue considerada como la “raíz de la cultura medieval”, cuya irradiación al continente se hizo posible gracias a la labor misional de San Willibrordo (658- †739), San Bonifacio (680- †754) y Alcuino.

Como consecuencia del aislacionismo irlandés, iniciado por la invasión anglosajona durante el s.VII, la cultura celta cristiana se apartó de la civilización occidental romana, lo cual favoreció una producción intelectual original que identificó a Irlanda como la sociedad cristiana del Lejano Occidente, y que estuvo caracterizada por su organización eclesiástica, su

¹ FLICHE, Agustín, *Historia de la Iglesia, Los Carolingios*, T. VI, Valencia, EDICEP, 1978, p. 81.

² LORTZ, Joseph, *Historia de la Iglesia, en la Perspectiva de la Historia del Pensamiento*, Madrid, Cristiandad, 1982, p. 284.

ritual, su hagiografía, su literatura y arte³. Un sello particular de la cultura celta cristiana, que venía transmitiéndose hacia Britannia a través de misioneros y sabios irlandeses, tales como Columba de Iona (521- †597) y Aidan (†651), consistió en el resguardo de la tradición nórdica. Esto justifica el hecho de que los celtas hayan recibido el cristianismo de una manera particular, no tomando la religión ajena tal cual la encontraron, sino moldeándola según su herencia social bárbara⁴.

La acogida del cristianismo entre los ingleses, que contó con características propias del celta y del romano, éste último a cargo de San Agustín de Cantorbery (604), no se dio al margen de las costumbres, sino que, junto a ellas, se dio inicio a un desarrollo intelectual y espiritual en el cual predominó la asimilación de un conocimiento clásico y científico, adaptado a las creencias de aquellos monjes que participaron en la evangelización del territorio⁵ en cuestión. Tal es el caso de Benito de Biscop (628- †690), monje inglés que propició en gran medida el esplendor cultural de Northumbria, gracias a varios viajes que realizó al continente y que le permitieron recolectar varios elementos que pasaron a ser característicos de la cultura cristiana inglesa, entre ellos, la introducción de la *Regla* benedictina, la enseñanza del canto romano o gregoriano, la romanización de la liturgia y la creación de una biblioteca integrada por libros que habían sido recolectados en sus viajes⁶. San Beda (672- †735) también colaboró con el desarrollo de la cultura cristiana en la medida que, a través de la literatura clásica, fue adquiriendo conocimientos de la Antigüedad que debían ser recibidos por medio de la evangelización. Del mismo modo, su método no perdió las características propias del cristianismo irlandés ni de las culturas autóctonas⁷.

La inclusión de las artes liberales en la educación de la época no debe comprenderse como un fiel seguimiento de las obras de Casiodoro (485- †580), Isidoro de Sevilla (556- †636) o Gregorio Magno, sino como una

³ A. TOYNBEE, *Estudio de la historia*, t. II, Emecé editores, Buenos Aires, 1951, p.168. Por su parte, J. LECLERQ, *Nous autres civilisations*, Paris, A. Fayard; 1963, p. 168.

⁴ *Ibidem.*, p. 109, enfatiza en la ausencia de romanización de la conversión irlandesa, de modo que la falta de conflictos políticos y religiosos, que caracterizaron al continente, fuese compensada por una conversión pura, y centrada únicamente en el deber ser cristiano antes que en el deber ser ciudadano. PERETÓ, Rubén, Introducción, traducción y notas de las *Obras Morales de Alcuino de York*, Navarra, EUNSA, 2004, p. 24.

⁵ Entre los siglos VII y VIII Inglaterra estaba formada por una heptarquía que incluía los reinos sajones de Kent, Essex, Sussex y Wessex, y en el norte por los estados anglos de Mercia, East Anglia y Northumbria.

⁶ PERETÓ, *op. cit.*, p. 24.

⁷ *Ibidem*, p. 27.

adaptación a la compleja realidad intelectual que venía gestándose a partir de las experiencias de cada uno de los monjes en conjunto con la tradición. La cultura inglesa adaptó, al mismo tiempo que guardó, gran parte del saber clásico continental, cuyo destino, incierto en manos del reino lombardo, tendría que aguardar un par de décadas hasta que Alcuino supiera qué hacer con ella. En más de una ocasión, hallándose en Francia, sentirá aquel la necesidad de recurrir a los manuales ingleses, como los de Alberto o aquellos suyos propios que se hallaban en su antiguo hogar y que tenían gran valor pedagógico.

El desarrollo intelectual que logra apreciarse en Inglaterra hacia el siglo VIII la convierten, en su época, en uno de los centros intelectuales más avanzados y de mayor producción en el Occidente Cristiano⁸ y a los cuales las escuelas palatinas de Carlomagno recurrirán constantemente. La exportación de esta nueva cultura cristiana se hará posible gracias a figuras como las de Willibrordo, misionero y arzobispo de Frisia en 690 y San Bonifacio, quien se encargará de la restauración de la disciplina eclesiástica en Germania y en los territorios de la orilla izquierda del Rin. Su idea reformadora tuvo que ver con “la unión de los poderes del arzobispo, tal y como él los entendía, con la vieja institución metropolitana”. Constituyó un aporte esencial para la iglesia franca, cuando ésta se hallaba a cargo del mayordomo de palacio Pipino el Breve (741-751), reconociendo la corrupción y la falta de hábitos espirituales como dos errores fundamentales que debían ser abolidos. La reforma de Bonifacio sobre la disciplina canónica será heredada por Pipino, quien, una vez convertido en soberano, entenderá que para transformar las malas costumbres debían existir las diócesis, las cuales solo podría existir a partir de la acción mutua entre reyes y monjes. Ambos debían emplear su tiempo juntos en la reorganización del clero, en combatir el paganismo, enseñar la fe católica, la oración dominical, el símbolo de la fe y los mandamientos. Posteriormente, tocará a Alcuino ejercer una labor como tal, al mismo tiempo que deberá trasladar los métodos de evangelización y enseñanza anglosajona al nuevo imperio cristiano, convirtiéndose así en uno de los grandes maestros de la cultura cristiana medieval.

2. Maestro y ministro del Imperio Carolingio

La cultura de los carolingios

La cultura de los carolingios ha pasado a la historia, junto a otros

⁸ *Ibidem.* p. 25.

⁹ FLICHE, *op. cit.*, p. 20.

movimientos intelectuales como el de San Isidoro de Sevilla, como el gran florecimiento de la cultura europea occidental, lo cual solo fue posible gracias a la colaboración que prestó la Iglesia Católica a las reformas eclesiásticas llevadas a cabo por los reyes y emperadores francos. El espíritu que rigió sobre este nuevo escenario imperial fue cristiano, de modo que la atracción que pudo haber existido hacia las obras de arte y literatura clásicas, tanto por parte de laicos como de eclesiásticos, jamás se tradujo en una admiración por sus ideales, sino en un interés por acumular todo tipo de conocimiento que pudiese enriquecer el espíritu humano y conjugarse con los ideales del cristianismo, “que es a quien únicamente querían servir”¹⁰. La originalidad de la cultura cristiana consistió en ser una creación humana que sirvió a Dios a través de una sola fe y una sola mentalidad, todo lo cual fue dando origen a la creación del nuevo Imperio cristiano.

Ha sido posible encontrar las bases del Renacimiento Carolingio, movimiento cultural e intelectual propiciado por la institución eclesiástica, junto a la figura de Pipino el Breve, rey de los francos entre los años 751 y 768, y quien tuvo gran interés por la formación intelectual de los obispos. Es durante su reinado cuando se comienzan a abarcar ramos de tipo, instrumental¹¹, teológico, ascético, exegético, filosófico y astronómico, cultivándose al mismo tiempo el intelecto en las bellas artes. Como se dijo, la enseñanza del clero aparece como pilar fundamental de la obra cultural y misional de Pipino, y a la cual contribuyó mediante la creación de escuelas monacales y episcopales, ya que se consideró necesario que “el pueblo y los sacerdotes entendiesen lo que se estaba predicando”¹².

El apego que tuvo la cultura carolingia hacia la religión cristiana no se vio reflejado únicamente a través de la prestación de conocimientos doctrinales, sino también en el rol misional que ha identificado siempre a la Iglesia y del cual fueron partícipes a su vez los reyes y emperadores francos. La convicción y la fe con que se llevó a cabo la gran obra de evangelización de Europa es un indicio elemental acerca de lo relevante que fue el trabajo y sacrificio del monacato occidental. Gracias a su palabra predicadora el Imperio Carolingio logró dar vida a una nueva civilización, orientada tanto a la integración de los nuevos cristianos, como a la irradiación del conoci-

¹⁰ GENICOT, Leopoldo, *El Espíritu de la Edad Media*, Barcelona, Noguer, 1963, p. 114.

¹¹ Que incluía la universalización de la letra minúscula carolingia, la depuración de la lengua latina y la atención prestada a las nacientes lenguas populares. DEL HOYO, Javier y GAZAPO, Bienvenido, Introducción a *Los Anales del Imperio Carolingio* (años 800-843), Madrid, Akal, 1997, p. 28.

¹² En esta primera etapa tuvieron gran relevancia las figuras de Leydrado de Lyon y Teodulfo de Orléans. GAZAPO, *op. cit.*, p. 28.

miento mediante el cultivo de las letras y las artes.

Carlomagno quiso reunir a la mayor cantidad de hombres sabios a su alrededor para dar inicio a un florecimiento cultural sostenido en la creación de escuelas y reformas monásticas. La legislación se orientó entonces a una civilización cristiana, y para ello la compañía de la Iglesia era tan esencial como lo venía siendo en el plano misional. Como señala Rubén Peretó, al igual que los reyes bíblicos, la preocupación dominante del soberano consistía en llevar a sus súbditos por el camino del bien y en torno a este pensamiento dispuso gran parte de su acción¹³. Eginhardo (770- +840)¹⁴ nos cuenta que entre todos los lugares santos y venerables, la iglesia del beato apóstol Pedro, en Roma, fue objeto de su mayor devoción:

Con sus ofrendas la colmó de abundantes riquezas en oro, plata y piedras preciosas (...), nada consideró más importante que restablecer, con su trabajo y su esfuerzo, el antiguo prestigio de Roma, y defender y proteger la iglesia de San Pedro¹⁵.

Al mismo tiempo, “cultivó con gran entusiasmo las artes liberales y colmó de grandes honores a los que las enseñaban, pues sentía por ellos un profundo respeto, en el estudio de la gramática fue discípulo del diácono Pedro de Pisa (...)”¹⁶. Sin embargo interesa destacar la alusión que hace Eginhardo sobre el personaje al que nos referimos, al cual alude de la siguiente manera:

En las otras disciplinas tuvo de preceptor a otro diácono, Alcuino, un sajón de Bretaña que era el hombre más sabio de aquel entonces. Bajo su magisterio dedicó mucho tiempo y esfuerzo al aprendizaje de la retórica, la dialéctica y, sobre todo, la astronomía (...)¹⁷.

Según esto, Alcuino de York resulta ser un perfecto ejemplar para penetrar en la realidad cristiana de la época carolingia, y en la medida que el biógrafo del emperador destaca su sabiduría, nos acerca a una figura cuya relevancia en su contemporaneidad es indiscutida.

¹³ PERETO, R, *op. cit.*, p. 21.

¹⁴ Escritor carolingio reconocido como el biógrafo de Carlomagno. Véase FLICHE, *op. cit.*, p. 86.

¹⁵ *Ibidem*, p. 93.

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ EGINHARDO, *Vida de Carlomagno*, cap. XXV, traducción/De Riquer, Alejandra, Madrid, Gredos, 1999, p. 91.

La llegada de Alcuino a la corte de Aquisgrán

Alcuino nació en las cercanías de York entre los años 730 y 735. De niño fue llevado por sus padres a la escuela catedralicia de York, donde fue educado por los arzobispos Aelbert y Egebert, dos grandes lectores y humanistas que lo acercaron al estudio de la Escritura y la apologética junto al de las artes liberales. Una vez que Aelbert asumió como arzobispo el año 757, el joven monje quedó a cargo de la dirección de la escuela, en la misma época en la cual fue consagrado diácono, orden sagrada en la que permaneció el resto de su vida. Alrededor del año 780, Alcuino fue enviado a Roma por el rey sajón Elfvald, en busca del palio para quien fuese el nuevo arzobispo de aquel entonces, Eanbald. A su regreso, mientras pasaba por Parma, Alcuino tiene la ocasión de encontrarse con Carlomagno, quien siendo consciente del “miserable estado del saber en su gigantesco reino”¹⁸ y considerando urgente contar con hombres educados que lo administrasen, invitó al monje a dirigir la escuela de la corte de Aquisgrán.

Tras haber servido con gran dedicación en la labor misional anglosajona, Alcuino fue atraído por el llamado del soberano franco, el cual, al parecer, sintió como una voz de la Providencia¹⁹, y es que había entre los francos otra misión que era tan relevante como la evangelización: la reforma eclesíastica y educacional. Si bien el espíritu cristiano ya era parte del futuro imperio, aún así era necesario reafirmar los principios doctrinales de la ortodoxia, modificar las costumbres del clero, orientar y guiar a la sociedad medieval hacia la Salvación. Desde ese entonces el monje anglosajón dedicará su vida a dicha labor, primero en palacio (782-796), y luego en la abadía de San Martín de Tours, puesta a su cargo por el rey franco hacia el año 796, y de la cual dispondrá junto a las de Ferrières y la de San Lope de Troyes. Según Fliche, una vez instalado en el monasterio, Alcuino comenzó a concebir su tarea con gran seriedad, de modo tal que, años más tarde, tras su salida de la corte, persistirá su interés en los asuntos políticos y religiosos del Imperio²⁰.

Enseñar antes de convertir

En lo referente a la labor misional, Alcuino señalaba que era importante tener cuidado en poner en los corazones de los sajones los firmes cimientos de la fe. Tras la victoria de Carlomagno sobre los ávaros el año 796,

¹⁸ ASIMOV, Isaac, “La formación de Inglaterra”, Alianza Editorial, Madrid, 2005, p. 74.

¹⁹ EGINHARDO, *op. cit.*, p. 91.

²⁰ *Ibidem*

el monje fue quien sugirió el modo mediante el cual se debía manejar su conversión al cristianismo y lo primero consistiría en no cobrar impuesto eclesiástico, puesto que causaría una aversión inmediata por parte de los recién sometidos, al mismo tiempo que dificultaría su apego a la nueva fe. En una epístola dirigida a Carlos el Grande se aprecia cómo insta al emperador para que enviara al territorio de los ávaros solamente sacerdotes imbuidos del espíritu evangélico y que fuesen conscientes de que la predicación y el sacramento del bautismo no podían llevarse a cabo si el alma del pagano no tenía un conocimiento previo de la fe:

*Illud quoque máxima considerandum est diligentia, ut ordinate fiat praedicationes officium et baptismi sacramentum, ne nihil prosit sacri ablutio baptismi in corpore, si in anima ratione utenti catholicae fidei agnitio non praecesserit*²¹

Era primordial enseñar antes de convertir, de modo que aquel que lograse comprender las verdades acerca de la fe y la manera de ser cristiano, sintiese la necesidad de integrar parte del nuevo mundo y adquirir la salvación que los misioneros ofrecían, una vez que ocurriera su conversión. Esta debía ser, en primer lugar, interna.

Luego, en otra epístola dirigida a Arn de Salzburgo, describe al verdadero misionero, “cuya única ocupación debía ser el bien de las almas, sin codicia y sin artificio, menos preocupado por los diezmos que por lo corazon a formar, tan trabajador y sabio como piadoso y devoto”²². Se puede ver en Alcuino no solo a un consejero, sino también a un crítico del método violento que se incluía en la *Capitulatio* del Imperio, ya que según él la fe no debía imponerse de aquella manera. De acuerdo con esto, y según H. Jedin, es bastante probable que la *Admonitio Generalis*²³ del año 789 proceda de

²¹ “Se debe también considerar cuidadosamente, según lo ordenado por el oficio de la predicación y el sacramento del bautismo, que el lavado bautismal será inútil sin un previo reconocimiento de la fe católica”. *Alcivini epistolae 110*, en: M.G.H., *Epistolae Karolini aevi* t. II, ed. E. Dümmler, 1895, p. 158.

²² *Alcivini epistolae 113*, en: M.G.H., *Epistolae Karolini aevi* t. II, ed. E. Dümmler, 1895, p. 163.

²³ Documento legislativo central de la administración y reforma eclesiástica de Carlomagno y la iglesia franca. Mediante una serie de capitulares se buscaba vigilar el comportamiento de los funcionarios del reino franco y futuro imperio carolingio, tales como condes, obispos y abades, cuyas acciones eran supervisadas por los *missi dominici*, enviados directos del rey franco. Se considera un ejemplo de la gran preponderancia que tuvo el soberano franco en los asuntos de la iglesia. Sin embargo, en el presente trabajo, se considera el rol terrenal de aquel como un poder dependiente de la Iglesia franca, junto a la cual trabajó por la disciplina y la dirección regia de manera conjunta.

Alcuino²⁴, puesto que daba cuenta de la idea de paz y orden como el fin esencial de la reforma.

Relevancia de las artes liberales

Su constancia, paciencia y sabiduría convirtieron al monje en un fiel contribuyente en la formación de una sociedad medieval en proceso de cristianización, y a la cual tuvo que enseñar “el valor de una frase bien construida, de una expresión bien elegida, y hacerle ver los recursos de un idioma cuyos secretos habían sido olvidados por los más sabios”²⁵. A partir de esto, no debe extrañar que el programa que guiaba la escuela palatina fuera aquel en el cual Alcuino se había inspirado²⁶. Lo mismo podría decirse para el caso de las escuelas monásticas, como la escuela de San Martín de Tours, donde el monje trabajó con gran dedicación en la instrucción moral e intelectual de sus alumnos. Insistiendo en la innovación de los métodos y herramientas de conocimiento, escribía a Carlomagno lo siguiente:

Yo, vuestro Flaccus, para conformarme a vuestras exhortaciones y a vuestra voluntad, aquí, bajo los techos de San Martín, me esfuerzo en proporcionar a algunos las mieles de las Santas Escrituras; me esfuerzo en embriagar a otros con el viejo vino de las antiguas disciplinas; comienzo a alimentar a otros con los primeros frutos de las sutilezas gramaticales; intento hacer comprender a algunos el curso de los astros²⁷.

En esta epístola se aprecia claramente la relevancia que tenían para Alcuino las artes liberales en el aprendizaje del dogma cristiano y que constituyen el sello de su creencia humanista. Se ha mencionado que la cultura anglosajona fue una especie de archivo del conocimiento grecolatino que los monjes ingleses adaptaron a sus propias consideraciones. Lo mismo sucede con la presencia de Alcuino en el continente, quien importó, mediante un proceso de asimilación y adaptación al contexto cultural franco, una serie de métodos y saberes que, si bien eran propios de Inglaterra, ahora debían integrarse a un nuevo espacio intelectual. Indiferente a la transmisión espacial del conocimiento cristiano de un lugar a otro, la cultura permanecerá, sin embargo, fiel a un aspecto fundamental que el humanista no perderá de vista: la asi-

²⁴ JEDIN, Hubert, *Manual de Historia de la Iglesia*, t. III, Barcelona, Herder, 1970, p. 154.

²⁵ *Ibidem*.

²⁶ FLICHE, A, *op. cit.*, p. 83.

²⁷ *Alcuni epistolae 121*, en: M.G.H., *Epistolae Karolini aevi* t. II, ed. E. Dümmler, 1895, p. 176. FLICHE, A, *op. cit.*, p. 83.

milación del Credo mediante la razón, que no es sino herencia del saber clásico. Alcuino hace referencia de ello a Carlomagno cuando señala lo siguiente:

Si muchos estuvieran penetrados de vuestras intenciones, se formaría en Francia una nueva Atenas. ¿Qué digo? Una Atenas más bella que la antigua; puesto que, ennoblecida por la enseñanza de Cristo, la nuestra estaría por encima de toda la sabiduría de la Academia. La antigua sólo tenía para instruirse las disciplinas de Platón. Sin embargo, formada en las siete artes liberales, no ha dejado de resplandecer; la nuestra estaría dotada además de la plenitud septiforme del Espíritu y sobrepararía toda la dignidad de la sabiduría secular²⁸.

El estudio de las siete disciplinas, que permitieron a los griegos acercarse a los fundamentos materiales y naturales del mundo conocido y desconocido, otorgarían a Francia, según Alcuino, mayor resplandor en la medida que aquellas fuesen apreciadas como el vínculo existente entre el raciocinio humano y la verdad acerca de Dios. La esencia misma de la obra dogmática del monje anglosajón hará referencia a la transmisión de la cultura clásica en relación al Evangelio.

Su enseñanza estuvo caracterizada fuertemente por el método de Casiodoro, del cual acogió la instrucción de las artes liberales (*trivium* y *quadrivium*) en consonancia con la teología²⁹, lo cual fue trabajando mediante un plan pedagógico que permitiese favorecer la comprensión, priorizando el diálogo entre el alumno y el profesor³⁰. La preeminencia otorgada a la gramática se entiende por la permeabilidad que tenía el latín en la administración de la Iglesia y en la educación de la época, y en lo referente a la lógica, su uso se volvió una característica propia del Renacimiento Carolingio, en la medida que Alcuino dio notable importancia al estudio de las *Categorías* de Aristóteles, las cuales adaptó en latín a las de San Agustín³¹.

²⁸ *Alcuini epistolae 174*, en: M.G.H, *Epistolae Karolini aevi* t. II, ed. E. Dümmler, 1895, p. 288.

²⁹ Casiodoro fue un escritor, político y monje latino-romano del siglo VI. Se destacó por la recopilación que hizo de las *Sagradas Escrituras*, que reprodujo y comentó en razón de difundir la Revelación, y es conocido también porque coleccionó varias obras de los Padres de la Iglesia. “Sus ideas innovadoras sobre la importancia de la cultura profana para la comprensión de los textos revelados lo movieron a dotar la biblioteca, significativamente situada en el centro del monasterio, con una notable cantidad de volúmenes de autores clásicos paganos. (...) Casiodoro escribió las *Institutiones divinarum litterarum* pensando en quienes se dedicaban a la labor de copia de manuscritos en el monasterio”. CASIODORO, *Iniciación a las Sagradas Escrituras*, Biblioteca de Patrística, trad. AMAR, Santiago, Madrid, Ciudad Nueva, 1998, p. 6.

³⁰ FLICHE, A, *op. cit.*, p. 81.

³¹ PERETÓ, R, *op. cit.*, p. 35.

Se puede apreciar más detenidamente la relevancia que tuvieron las 7 artes liberales para la comprensión de la fe, a través de una de sus obras didácticas de mayor importancia. La *Disputatio de vera philosophia*, que ejemplifica el modelo educacional que caracterizó su enseñanza, buscaba acercar el estudio de las siete artes liberales a la comprensión de la verdad de Dios teniendo presente la lectura de las Sagradas Escrituras³². Con este *curriculum* instructivo, Alcuino se propuso establecer una formación seria y pragmática, al mismo tiempo que combatir las herejías presentes, y el objetivo esencial para ello consistió en establecer una verdadera filosofía que lograra aunar el conocimiento racional, basado en lo terrenal, con lo divino.

Frente a las numerosas críticas que pudieron existir previamente a la llegada de Alcuino, y que estaban orientadas a concebir las disciplinas de las artes liberales como conocimientos que tendían a las herejías y a la perversión del cristianismo, el maestro de la escuela de York se impuso a ellas y persistió en la relevancia que tenía el estudio y comprensión de la lógica y la dialéctica para acceder a las verdades del Evangelio, confirmando sus apreciaciones a partir de las obras de San Agustín. El diálogo que compone esta pequeña fuente consta en un formulario de preguntas y respuestas entre Alcuino y sus alumnos, y del cual es necesario destacar una de sus últimas partes, y que hace referencia a la adquisición de la sabiduría en relación con la verdadera filosofía.

Luego que los discípulos piden a su maestro que los levante de la región de la ignorancia y los sitúe en los escalones de la sabiduría, Alcuino señalaba lo siguiente:

Maestro: Leemos, cuando dice Salomón, por quien la Sabiduría se cantó de sí misma: *la Sabiduría edificó su casa, levantó sus siete columnas*³³. Esta sentencia corresponde a la sabiduría divina, la que construyó su casa en un útero virginal, es decir el cuerpo, la fortaleció con los siete dones del Espíritu Santo, e incluso iluminó a la Iglesia, que es la casa de Dios, con los mismos dones. Sin embargo, la sabiduría es fortalecida por las siete columnas de las artes liberales; de otro modo no conduce a nadie hacia el conocimiento perfecto, si no es exaltada por estas siete columnas o escalones. (...) Os presentaré, para que comprendáis, los siete escalones de la filosofía, y por ellos mismos, concediéndolo Dios y siendo compañera de la vida, a cambio de una porción de nuestras fuerzas, os conduciré, según la con-

³² *Ibidem.*

³³ *Pr* 9,1.

veniencia del tiempo y la edad, hacia las cosas más sublimes de la ciencia especulativa³⁴.

Algo realmente original en la exégesis que realiza Alcuino tiene que ver, según Peretó, con la identificación de las siete columnas con las siete artes liberales, otorgándose a estas últimas un origen divino³⁵. El autor señala que el número 7 también podría significar el ascenso de 7 escalones, en la medida que aquellos también se elevan en grado de conocimiento, lo cual es indicio de la idea de progreso cultural que viene a coincidir perfectamente con la época carolingia. De este modo, el aporte esencial de Alcuino, visible en este fragmento, tiene que ver con la relevancia que volvió a otorgársele a las artes liberales y lo cual, podría decirse, constituyó su sello a favor de la cultura cristiana. Considerar escritos de los Padres de la Iglesia y de otros autores, tales como Casiodoro, no redujeron el rol de Alcuino al de un mero reproductor, sino todo lo contrario: lo situaron como un reformador consciente de que la sabiduría es la que hace al hombre un ser digno y por ende, un buen cristiano.

El hecho de reconocer que la comprensión humana debía transitar hacia lo sublime, permitía que el estudio de la gramática, la retórica, la dialéctica, la aritmética, la geometría, la música y la astrología fuese consistente en la medida que su asimilación lograra compenetrarse con la doctrina cristiana. El humanismo cristiano, del cual Alcuino ya puede decirse que es uno de sus grandes artífices, requería así de un ser humano que fuera consciente de que todo lo que conocía había sido creado por Dios, he ahí la relevancia de reconocer en las 7 artes, los 7 peldaños para ascender hacia lo espiritual. El conocimiento viene dado desde lo Alto, y Alcuino hizo posible crear a la sociedad carolingia, o a parte de ella, el modo en que éste podía adquirirse.

Finalmente, la verdadera filosofía consistía “en la vida monástica como abandono del mundo, como *fuga seaculi*, (...) e impulsa al hombre a medir correctamente las cosas del mundo y dejarlas para abrazar de lleno las cosas espirituales, lo cual solo puede ser hecho en plenitud si se abraza la vida monástica”³⁶. El goce de la vida material se entendía así como un derecho del hombre cuyo ejercicio, sin embargo, debía ser medido y reducirse únicamente a la satisfacción de las necesidades vitales para no perder la dignidad de hijo de Dios³⁷. La comprensión de la verdadera filosofía tenía

³⁴ Alcivini, *Obras Morales, Disputatio de vera philosophia*, trad. PERETÓ, *op. cit.*, p. 71.

³⁵ PERETÓ, *op. cit.*, p. 52.

³⁶ Temáticas de este tipo ya habían sido abordadas por Orígenes. PERETÓ, *op. cit.*, pp. 52-55.

³⁷ Alcivini, *Obras Morales, Disp..., op. cit.*, p. 67.

que ver también con aquellos ideales y paradigmas “que aseguraran la educación y formación en los niveles éticos y científicos, preparatorios y necesarios para alcanzar la teología, es decir, la contemplación”³⁸. Su enseñanza debía dejar claro que la fe cristiana no era el resultado de mitos, ni leyendas, sino del logos, la razón.

El camino de la virtud hacia la gloria eterna

Se reconoce en Alcuino no solo a un maestro, sino también a un ministro de Carlomagno, cuya destacada participación en la administración imperial es posible apreciar a partir de una serie de reformas que buscaron colaborar con la disciplina de los funcionarios imperiales y orientarlos a servir bajo los parámetros del ser cristiano. De este modo, obispos, abades y religiosos en general, escribieron y reprodujeron una serie de tratados morales que buscaron mostrar el camino que se debía recorrer para llegar a ser un buen gobernante, considerando los parámetros de justicia y moral que llevarían a los hombres que así lo quisieran, a merecer un cargo imperial de manera ejemplar.

Una muestra de ello es *De virtutibus et vitiis*, un tratado que Alcuino escribió a Guido, margrave de Bretaña, quien se hallaba administrando en las marcas del Imperio y quien había informado al monje acerca de su interés por vivir una vida cristiana a través de algunas reglas básicas que el maestro pudiese recomendarle. Si bien no es una obra original, en cuanto a la recopilación que hace Alcuino de los escritos morales de Gregorio Magno, Casiano (360- †435), Isidoro de Sevilla, entre otros, aquella se destaca como un compendio cuya utilización se extiende hasta el siglo XV y que fue considerado por autores como Jonás de Orleans (760- †841) y por supuesto, su discípulo, Rábano Mauro (776- †856).

El tratado se inicia con una epístola que dirige al conde Guido, mencionándole el compromiso que tenía con él de enseñarle acerca de las virtudes y los vicios, con el fin de favorecer una administración completamente cristiana y por ende, justa. Alcuino comienza escribiendo acerca de la verdadera sabiduría, la cual solo sería alcanzada en la medida que se actuara virtuosamente, es decir, sirviendo a Dios a través de las buenas obras. Enseguida, el autor trata acerca de las virtudes teológicas, tales como la fe:

Pero este conocimiento de la divinidad y de la ciencia de la verdad se alcanza por la fe católica, puesto que sin fe es imposible agradar a Dios. Es verdaderamente feliz quien creyendo correctamente vive

³⁸ PERETÓ, *op. cit.*, p. 58.

bien, y viviendo bien custodia correctamente su fe³⁹.

Como la enseñanza de la fe tenía larga tradición, Alcuino no se apartó de ella y acudió a la Biblia y a sus *Salmos*, al mismo tiempo que consideró relevantes las palabras de San Isidoro sobre la verdadera felicidad. De este modo, las referencias acerca de esta virtud se basan en pasajes de sabios de la época y del *Antiguo Testamento* “donde esta nueva ley evangélica queda de manifiesto”⁴⁰. La instrucción de Alcuino, entonces, debe entenderse como una fuente fundamental de las verdades cristianas que habían sido establecidas con anterioridad a él.

En lo referente a otras virtudes, Alcuino acentuó la relevancia que tenían las Sagradas Escrituras en la vida diaria, dando a conocer la relación intrínseca entre la dimensión espiritual y corporal, lo cual debía ser un verdadero desafío para el hombre virtuoso. La fe en Dios, y el conocimiento en torno a Él, tenía que hacerse explícito a través del alma, en la praxis del día a día. También escribe sobre la misericordia, la cual podía ser relacionada con la disciplina, ya que juntas constituían dos virtudes esenciales para aquel que tuviera el poder, “puesto que si sólo se posee misericordia, los pecadores no se preocuparán por cambiar de vida; y si sólo se posee disciplina, los conduciré a la desesperación”⁴¹. El comportamiento virtuoso dependía únicamente del hombre y del grado de conocimiento que éste tuviese acerca del deber ser, de modo que era primordial reconocerse a uno mismo como hijo de Dios, de manera que al seguir los preceptos que El había dispuesto para nosotros, el hombre lograra acercarse más fácilmente a una vida moral y justa. Otras virtudes de ese tipo, vendrían a ser la indulgencia, la paciencia y la humildad, pero también son relevantes las instrucciones acerca de otros actos virtuosos frente a Dios, tales como la confesión, la compunción del corazón, la penitencia, la conversión, el ayuno, la castidad y la limosna, y que reflejaban el sentido de lo que realmente significa ser un buen cristiano.

Dedica una segunda parte a la enumeración de los vicios y la forma en que éstos podían ser enmendados. De acuerdo con ello, Alcuino vuelve a mencionar las virtudes correspondientes a la solución de los malos comportamientos y la mala conciencia. Tal es el caso de la envidia, la cual debía ser compensada mediante la caridad⁴², o la soberbia, que podía evitarse a través

³⁹ Alcvini, *Obras Morales, De virtutibus et vitiis*, trad. PERETÓ, *op. cit.*, p. 108.

⁴⁰ PERETÓ, *op. cit.*, p. 99.

⁴¹ Alcvini, *Obras Morales, De...*, *op. cit.*, p. 110.

de la humildad⁴³, y así sucesivamente. Finaliza Alcuino su tratado refiriéndose a las cuatro virtudes principales, la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza, señalando lo siguiente:

A quien en fe y caridad practica estas virtudes, le es prometido el premio de la gloria eterna por la misma Verdad: Jesucristo⁴⁴.

La necesidad de enseñar acerca de los vicios y virtudes a partir de un conjunto de instrucciones sobre el modo de ser en relación con la vida cristiana, tenía que ver con la relevancia que ello tenía en un espacio socio cultural en vías de constituirse como una civilización plenamente cristiana, y de lo cual Alcuino estuvo consciente. Instruyó al conde Guido y lo guió por el buen camino, comprendiendo que su vida diaria consistía en la administración de justicia en un territorio políticamente inestable, donde la virtud distaba mucho de ser tomada en cuenta de un día para otro. Sin embargo, es realmente admirable la prudencia que sostuvo el monje en su labor de maestro y reformador de la cristiandad occidental, puesto que siempre tuvo presente el clima de inestabilidad administrativa, ante la cual jamás cedió. Su fe en aquellos hombres que sí querían, como Guido, optar por la verdadera vida cristiana, lo motivó a permanecer cerca de quienes lo necesitaban, llegando a ser considerado un verdadero ejemplo para muchos funcionarios de su época.

La filiación divina de Jesucristo

La contribución del monje anglosajón, que ya bien podemos identificar propiamente como un monje del Imperio Carolingio, permite justificar a su vez la relevancia que comenzaba a tener la Iglesia en la vida secular de aquel entonces. Ya se ha podido apreciar su interés por la cultura de la época y su activa labor al respecto; sin embargo Alcuino tuvo también un rol fundamental en la defensa de la ortodoxia católica. Esto puede sostenerse a partir de un episodio que fue de gran importancia para la historia de la Iglesia medieval: el concilio de Frankfurt, del año 794. En aquella instancia Carlomagno pidió que se concediera a Alcuino voto deliberante⁴⁵, lo cual es indicio de la autoridad que alcanzó a tener el monje en uno de los concilios de mayor envergadura para la Iglesia Católica, un *synodus universalis*.

⁴³ *Superbia ex angelis daemones fecit, humilitas homines sanctis angelis similes reddit*. Julián Pomerio, *De vita contemplativa*, III,3,1; PL 59,478.

⁴⁴ Alcini, *Obras Morales, De...*, op. cit., p. 140.

⁴⁵ FLICHE destaca el hecho de que no era sacerdote.

En aquella ocasión se discutió sobre el adopcionismo, una doctrina religiosa que había sido adoptada en España hacia el siglo VIII y que hacía alusión a la filiación adoptiva de Jesucristo. En su defensa, el arzobispo Elipando de Toledo (717- †808) y el obispo Félix de Urgel (†818) sostuvieron que Cristo era indudablemente hijo de Dios por generación y naturaleza, pero en cuanto hombre señalaban que era hijo de Dios únicamente por adopción y gracia⁴⁶. Independientemente del contexto cultural y político en el cual predominaba el Islam, y a lo cual no nos referiremos detenidamente, el adopcionismo había tenido muy buena acogida en territorio hispánico, tal vez como un medio para conciliar la diversidad religiosa en un espacio tri-cultural. En la carta sinodal de los obispos de Francia, por otra parte, se defendía la naturaleza divina y humana de Jesucristo:

Si, pues, es Dios verdadero el que nació de la Virgen, ¿cómo puede entonces ser adoptivo o siervo? Porque a Dios, no os atrevéis en modo alguno a confesarle por siervo o adoptivo; y si el profeta le ha llamado siervo, no es, sin embargo, por condición de servidumbre, sino por obediencia de humildad, por la que se hizo obediente al padre hasta la muerte⁴⁷.

Junto a ello, lo importante a destacar aquí, es la autoridad de Alcuino al señalar lo siguiente:

Así como la impiedad nestoriana dividió a Cristo en dos personas a causa de las dos naturalezas, del mismo modo tu ignorante temeridad lo dividió en dos hijos, uno natural y otro adoptivo⁴⁸

Aunque el concilio no haya logrado aún erradicar el adopcionismo, son relevantes las palabras del monje en cuanto dejó fuertemente afirmada la filiación divina de Jesús, incluso en tanto hombre, y se consideró como herejía la filiación adoptiva, al menos en cuanto ésta excluyese la filiación natural⁴⁹. Como señala Agustín Fliche, sus argumentos respondieron a una patris-

⁴⁶ Enciclopedia Católica, en: <http://ec.aciprensa.com/a/adopcionismo.htm>. Véase FLICHE, *op. cit.*, pp. 133-135.

⁴⁷ Concilio de Frankfurt 794 "Sobre Cristo, Hijo de Dios, natural, no adoptivo" (de la carta sinodal de los obispos de Francia a los españoles). DENZINGER, Enrique, *El magisterio de la iglesia*, Barcelona, Herder, 1963, pp. 113-114.

⁴⁸ *Contra Felicem*, I, *Patrologiae cursus completus*, CI, col. 136.

⁴⁹ *Idem*. Véase también Enciclopedia Católica: <http://ec.aciprensa.com/a/adopcionismo.htm>.

tica fuera de lo común⁵⁰ y aunque el concilio no haya logrado erradicar la tergiversación de la naturaleza de Jesús, los tratados de Alcuino serán considerados en la posteridad. Al respecto, hubo dos obras dogmáticas fundamentales⁵¹: una de ellas, llamada *Adversus Felicem Urgellensem episcopum*, que refutó la teoría herética a través de argumentos bíblicos y de los Padres de la Iglesia; la otra, *Adversus Elipandum Toletanum*, se dividía entre una respuesta a Elipando y un tratado sobre la Encarnación de Cristo. Lo interesante de estos tratados es que fueron un ejemplo del renacer del saber antiguo, que se aplicó de forma didáctica y académica⁵². Esta lucha teológica que protagonizó el monje permitió demostrar a la cristiandad lo relevante que era el estudio detenido de las Escrituras y la Tradición, al mismo tiempo que constató lo necesario que venía siendo la instrucción en la patrística y seguir el pensamiento de las grandes autoridades en dichas materias⁵³.

La coronación

En la medida en que la cultura y sabiduría del monje sedujeron al rey de los francos, su relevancia llegó a ser tal que, en los últimos años de su vida, ya había pasado a integrar el círculo de sus más fieles consejeros. Las palabras que le escribió Alcuino alrededor del año 799 han sido consideradas como uno de los fundamentos teóricos más importantes que motivaron la coronación de Carlomagno y por ende, el nacimiento del Imperio Carolingio y la restauración del Imperio Romano Occidental. Refiriéndose a quien debía gobernar la *Christianitas* de aquel entonces, el monje señalaba que ni Bizancio⁵⁴, absorbida por luchas internas que venían siendo el resultado de la querrela iconoclasta, ni el papa León (795-816), víctima de intrigas de la nobleza romana, se veían posibilitados para ejercer su poder. Sin embargo, el monje reconoció al soberano franco como el único que seguía en pie:

En tercer lugar está la dignidad real que Nuestro Señor Jesucristo os ha reservado para que gobernéis al pueblo cristiano. Esta dignidad es superior a las otras dos y las eclipsa y sobrepasa en sabiduría⁵⁵.

⁵⁰ FLICHE, *op. cit.*, p. 133.

⁵¹ Las ediciones críticas aún no se encuentran disponibles en español.

⁵² PERET, *op. cit.*, p. 39.

⁵³ FLICHE, *op. cit.*, p. 141.

⁵⁴ Imperio Romano de Oriente (330-1453).

⁵⁵ *Alcivini epistolae 174*, en: M.G.H., *Epistolae Karolini aevi* t.II, ed. E. Dümmler, 1895, p. 288.

Este consejo no hizo sino incrementar el ideario imperial del rey hacia un nivel cada vez más alto. No extraña por ello que, poco tiempo después, motivado por aquellas palabras y por sus más cercanos, Carlomagno fuese coronado en la capilla de San Pedro por el papa León III, como el primer emperador carolingio y fundador de un nuevo imperio en el Occidente cristiano. Sin duda alguna, Alcuino fue uno de los protagonistas de la recuperación de una realidad perdida, la cual aludía a un imperio romano latino que “recaía, al cabo de tres siglos, no en un romano, sino en un germano”⁵⁶, y cuya restauración se dio lugar en el año 800.

3. Padre de la Germania Cristiana

Alcuino llegó a ser algo así como una valiosa fuente de numerosos conocimientos que se cuidó de guardar y que estuvieron relacionados tanto con el ámbito de la dogmática, de la exégesis bíblica y la liturgia, como del derecho eclesiástico, el cual adaptó a la situación franca, y la escritura, esta última que innovó a partir de un nuevo sistema de pequeñas letras (minúsculas) que se apartaron de la mayúscula de los romanos⁵⁷. Su relevancia como heredero de la cultura anglosajona y ministro de Carlomagno no decayó junto al poder imperial de los carolingios, que venía desmoronándose, producto de una serie de hechos, tales como la segunda oleada de invasiones por parte de vikingos, húngaros y sarracenos, y sobre todo, como consecuencia de las luchas dinásticas entre Ludovico Pío y sus hijos Lotario, Luis y Pipino⁵⁸.

A pesar de su muerte, acontecida en el año 804, Alcuino fue una luz

⁵⁶ ROJAS DONAT, Luis, *Orígenes históricos del Papado*, Universidad del Bío-Bío, Concepción, 2006, p. 181.

⁵⁷ ASIMOV, *op. cit.*, p. 75.

⁵⁸ Lotario es coronado emperador el año 817 por Pascual, pasando a ejercer el poder junto a su padre, siendo declarado además único heredero eventual de todo el imperio. Pipino conservó Aquitania (814) y Luis fue asignado rey de Baviera, pero ambos gobernarían bajo la autoridad de quien fuese el soberano (Ludovico o Lotario). A ambos se les anexionarían nuevos territorios tras la muerte del padre y de Bernardo de Italia. El año 829 se lleva a cabo la Asamblea de Worms, según la cual Carlos, cuarto hijo del emperador, debía recibir tierras en Alemania y Alsacia, la Retia y parte de Borgoña, lo cual causó la indignación de Lotario y Luis. El primero, visto como una amenaza al iniciar una rebelión contra su padre, es disociado del imperio y enviado a Italia, pero a su regreso incitará a sus más cercanos a rebelarse contra Ludovico, encerrándolo en un monasterio (FLICHE, *op. cit.*, p. 210). La división imperial se concretará hacia el año 843 en Verdún, donde se llevará a cabo un tratado que establecerá la repartición de Italia, Baviera y Aquitania, acabándose la imagen de un reino franco y abandonándose de manera definitiva entre los carolingios el ideario de restauración imperial (JEDIN, *op. cit.*, p. 252).

que nunca se extinguió⁵⁹, persistió a través del tiempo y del espacio, convirtiéndose, a través de sus discípulos más aventajados, tales como Eginhardo y Rábano Mauro, en el padre de la Alemania cristiana. El primero de ellos ha sido objeto de numerosas críticas que ponen en duda su veracidad como biógrafo de Carlos el Grande, debido al desfase temporal existente entre aquel y su hijo, Luis el Piadoso (814- †840), bajo cuyo gobierno escribe. A pesar de ello, se lo considera como el auténtico discípulo de la escuela palatina y quien mejor conservó el espíritu de Alcuino, que consistió en el humanismo cristiano⁶⁰.

Rábano Mauro fue Abad de Fulda y arzobispo de Maguncia, primer maestro de Alemania y difusor de la cultura humanista cristiana. A pesar del clima de inestabilidad política que implantó la *divitio imperii* de Ludovico hacia mediados del siglo IX, el erudito persistió en su tarea intelectual. La exégesis bíblica que realizó se llevó a cabo gracias a numerosos comentarios patrísticos que el monje halló en la biblioteca de Fulda, y que correspondían tanto a autores contemporáneos (San Isidoro, Beda, entre otros) como de la Antigüedad. De acuerdo con esto último, se entiende que fue él quien permitió a los países de lengua alemana guardar el contacto con dichos textos. Influido notablemente por su maestro Alcuino, se vio absorbido por el estudio de lo sagrado, considerando el conocimiento humanista y también profano de la época. Referente a esto último, es importante el tratado *De Institutione clericorum* que escribió para el clero⁶¹.

Inspirado por los francos, Otón I (962- †973) hará de la herencia cultural de los carolingios un pilar fundamental en la construcción del Sacro Imperio Romano Germánico. El heredero de la casa de Sajonia será consciente de que su intento por restaurar el Imperio Romano Occidental no podría llevarse a cabo sin un movimiento ilustrado que lo sostuviese. Para ello, fue primordial contar con una base intelectual cristiana que hiciera justicia a la noción de Imperio, y cuyos fundamentos espirituales estuvieran inspirados en los mismos métodos de enseñanza que venían practicándose desde Alcuino hasta Rábano Mauro, el *praeceptor Germaniae*.

Un ejemplo primordial acerca del legado de estos maestros entre los Otones es posible encontrarlo en la obra cultural de Gerberto (945- †1003)⁶², quien ha sido considerado uno de los más grandes representantes

⁵⁹ ASIMOV, *op. cit.*, p. 75.

⁶⁰ FLICHE, *op. cit.*, p. 86.

⁶¹ FLICHE, *op. cit.*, p. 310.

⁶² Más conocido como Silvestre II, el papa del año mil (999-1003). Amigo y maestro de los Otones, formado en los monasterios de Aurillac y de Santa María de Ripoll, también maestro en Reims. Fue un hombre brillante, cuya cercanía con la escolástica lo llevó a mostrar un gran interés por las matemáticas, la retórica, la astronomía, y en general, por las distintas materias,

del renacimiento cultural del nuevo imperio. Su incentivo por enseñar a pensar los textos clásicos, recuperar la herencia griega, estudiar la lógica y las artes liberales, lo convierten en uno de los cuatro personajes, junto a Beda, Alcuino y Rábano, más predominantes para el pensamiento occidental entre los siglos VIII y X⁶³. Claramente, la herencia cultural carolingia hizo posible que la obra de Gerberto sea considerada, junto con la batalla de Lechfeld⁶⁴, el comienzo de la recuperación de la Europa Occidental. Del mismo modo, el monasterio de Cluny (s. X)⁶⁵ propició el auge cultural del Sacro Imperio, y es que su reforma monástica, inspirada en las enseñanzas de Alcuino y San Benito de Aniano, lo convirtió en un centro del saber fundamental, que terminó por incorporarse al poder secular de los Otones. En fin, todo el conocimiento intelectual cristiano que fue cultivándose en Germania durante los siglos IX y X, ya sea a través de Rábano Mauro, como de los Otones, parece corroborar la paternidad cultural que tuvo Alcuino sobre la Germania Cristiana.

Consideraciones finales

La tranquilidad y la oración acompañaron a Alcuino desde su labor monacal en Inglaterra hasta su establecimiento en la corte de Carlomagno, y posteriormente, en la abadía en Tours. Jamás sucumbió al poder que le iba siendo otorgado como legislador y reformador imperial, lo cual no es sino ejemplo de la constancia, obediencia, fuerza de voluntad y formación espiritual que mantuvo el monje a lo largo de su vida, ejemplo de la lectura, tanto sagrada como profana, que decidió adoptar en favor del conocimiento humanista de la época. En fin, ejemplo de una inmensa vocación que le permitió consolidar un método de enseñanza que se caracterizó no solo por acudir a la

científicas y clásicas, considerándolas a todas como parte del conocimiento humano (GARCÍA DE CORTAZAR, José Ángel, *Los Protagonistas del Año Mil*, Palencia, Fundación Sta. María La Real, 2000, p. 48).

⁶³ *Ibidem*.

⁶⁴ Nombre de la batalla, acontecida en 955, en la cual Otón I logró vencer a una de las mayores amenazas para la Germania. La derrota de los húngaros otorgó al rey una dignidad comparable a la de Carlomagno y Alejandro Magno, lo cual justificaría su coronación imperial en el año 962.

⁶⁵ Los 250 años de existencia del monasterio de Cluny, fundado en 910 por Guillermo de Aquitania, se resumen en la recuperación del ideal monástico, que pudo haberse perdido tras la disolución del poder de los carolingios. Inspirado principalmente en los principios de la *Regla* de san Benito, Cluny logró forjar una orden que llegó a ser el gran centro religioso de la Cristiandad, y que convirtió a los monjes en los reformadores de una sociedad medieval en proceso de secularización.

tradición, sino porque logró proyectarse a una realidad social bastante compleja y en proceso de cambio. Hablamos de la obra de Alcuino de York, heredero de la cultura anglosajona, ministro del Renacimiento Carolingio y padre de la Germania cristiana, un verdadero humanista que logró echar profundas raíces en la historia intelectual del monacato occidental.

*4 Oriente 954, depto. 303,
Viña del Mar,
CHILE*